

ARTÍCULOS

El imperialista y el gramático*

Rubén BONIFAZ NUÑO

La libertad

“Tres son, pues, las cosas que tenemos: la libertad, la ciudad, la familia”, afirmaba el Derecho Romano (*D. 4, 5, de cap. min.*, L. 11), estableciendo así lo que en su raíz constituye la fuente de los derechos de la persona humana; esto es, la esencia de la persona humana misma.

Fuente de derechos, la posesión de una familia, de la agnación; igual se puede decir de la ciudadanía, la posesión de una ciudad. Pero tanto la agnación, la posesión de una familia, como la ciudadanía, la posesión de una ciudad, requerían, para su existencia y el cumplimiento de su finalidad de otorgar derechos al hombre, de la existencia previa de la libertad como condición indispensable.

Así, en último término, la libertad era tenida como la fuente radical de los derechos del hombre; el derecho fundamental de la persona humana; es posible, por tanto, considerar que, según el Derecho Romano, la libertad constituía la esencia propia de ésta.

Quien no era libre, pues, no podía ser estimado como hombre por aquel Derecho, que claramente establecía: “Los siervos son tenidos por nadie” (*D. 50, 17*).

De esta manera los siervos, los esclavos, al carecer de libertad, carecían de la calidad de hombres.

*Este artículo constituirá la primera parte de la Introducción a la *Guerra gálica* de Julio César, traducida por Bonifaz Nuño, y que se publicará en la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*.

Pero había también seres humanos que, sin ser esclavos, veían, con las consecuencias que de tal circunstancia se desprenden, disminuida su capacidad de ser libres; esto es, de ser hombres. Así, por ejemplo, los que, vencidos, se rendían al poder de Roma, los *dediticii*, *qui se dediderunt*; éstos eran tratados con extremo rigor. Carecían de patria o se juzgaba que no la tenían; estaban incapacitados para valerse de un Derecho nacional y sólo contaban con los derechos derivados del Derecho de Gentes (*jus gentium*).

Esto era, pues, lo que el Derecho de Roma establecía a propósito de la libertad, y ése era el concepto que al respecto poseían los romanos, el pueblo por quien tal derecho era creado.

Tenido por el máximo y más cabal expositor de la índole del espíritu de Roma, Cicerón, contemporáneo de César y su rival en diversos terrenos, habla a menudo de la libertad. La considera “un bien necesario deseable por sí mismo” (*Part. or.*, 86); la define como “la potestad de vivir como se quiere” (*P.*, 34); propone la conveniencia de “luchar por la libertad y por la patria” (*T. IV*, 13); reserva magna alabanza a “quienes cayeron pugnando por la libertad de su patria” (*T. IV*, 13), y no duda en aseverar que por la libertad, “para los magnánimos varones debe ser todo el esfuerzo” (*O. I*, 68).

Es evidente, pues, cómo Cicerón, quien al expresarse expresa a la vez los fundamentos característicos del ser de los romanos, exalta el valor de la libertad y pone por sobre todo la necesidad de preservarla y el laudable deber de luchar por ella, hasta la muerte. Por esa libertad que “no está en usar de un señor justo, sino en no usar de ninguno” (*R. II*, 43).

César

Cuando Cayo Julio César, a los 43 años de su edad, inició la Guerra Gálica, diestro en los placeres y los sinsabores de la intriga política; docto en el despilfarro y en el libertinaje; seguidor de una incontrastable vocación por el poder; diestro en toda suerte de esfuerzos físicos; sustentador de una cre-

ciente constancia en la acción; avezado en la materia militar y conductor de un ejército depredador y disciplinado; despreciador, como el hombre de Roma que era, de los llamados bárbaros, a quien, más que como a hombres, juzgaba seres inferiores destinados a la sumisión; dueño de un perfecto y cultivado señorío de las artes del decir, estaba destinado, por esas y otras condiciones, para ceñirse, en esa guerra, los siniestros laureles de la victoria imperial.

No es ésta la oportunidad adecuada para hacer el elogio de sus capacidades, que en mucho se calificarían de sobrehumanas, capacidades reconocidas y celebradas incluso por sus enemigos. Acaso, porque aquí se trata de asuntos de guerra, fuera propio señalar aquella exteriorizada al estimar el valor que en combate muestran los hombres, los de él y los adversarios. Tal estimación se manifiesta cumplidamente en el hecho de que la palabra latina *virtus*, virtud, la cual en los otros autores que escribieron en esa lengua ofrece significados de índole general, en él designa únicamente lo que en la nuestra se llama valor, y así puede traducirse siempre sin falsear la intención de su pensamiento. De este modo se advierte que, para él, la virtud por excelencia no es otra que el valor, llevado hasta provocar el olvido de la propia vida.

En cuanto concierne a las otras capacidades de César de las cuales antes hice mención, aquí, a causa del propósito que dirige este trabajo, habré de tomar en cuenta solamente dos: la de su desprecio a los bárbaros, ostensible en la manera como los que tiene por condenados a no ser libres; esto es, a no ser hombres, y a la que se descubre en su decisión de dominar y proteger la pureza y la incorruptibilidad de la lengua hablada por el pueblo de Roma.

César ante la libertad de los galos

En sus campañas bélicas ejecutadas en Galia, César ha de enfrentarse, con las armas y con los recursos de la intriga política, a un conjunto de naciones libres, conscientes del dere-

cho que tenían de serlo y de la necesidad de pugnar en defensa de su libertad, aquel sumo bien, deseable por sí mismo.

César habla frecuentemente acerca de esa conciencia y de la decisión que de mantenerse libres asumían esas naciones. Pero nunca lo hace con admiración o respeto, ni siquiera con matices aprobatorios; por lo contrario, tal como si la libertad fuera privilegio exclusivo de los romanos, las juzga condenables; se atribuye la obligación de aniquilar, por cualquier medio disponible, aquella decisión gálica de pugnar hasta lo último por su libertad y su patria, y se esfuerza sin tregua por ver cumplida tal obligación.

A fin de alumbrar la verdad de las anteriores afirmaciones, citaré en seguida ciertos pasajes de su obra en los cuales se revelan sus actitudes al respecto.

Al referirse al designio que los heduos se habían hecho de no aprovisionar con trigo a los romanos, lo llama sedición e improbidad; no se detiene a estimar lo cierto de la situación que determinaba tal designio, lo cual debía serle manifiesto. Pues los heduos decían que, si no podían ya ser los principales en Galia, “era mejor [...] soportar los imperios de los galos que los de los romanos”, ya que si éstos vencían a los helvecios, para combatir a los cuales César les exigía las provisiones antes dichas, “a una con la restante Galia los heduos habrían de ser privados de la libertad” (I, xvii).

César atribuye a falta de reflexión el hecho de que los galos decidieran resistirlo, y no considera la justicia de ese hecho, patente en la razón que él mismo expone; pues dice que ellos “solicitan a las restantes naciones que prefieran permanecer en la libertad que de sus mayores recibieran, a soportar la servidumbre de los romanos” (III, viii); juzgándolos culpables de injuria, de rebelión y de defección, precisamente porque se oponen a su voluntad de someterlos, decide meterles guerra, porque sabe que “eran hombres [...] que por natura se aplicaban a la libertad y odiaban la condición de servidumbre” (ib., x).

Cuando narra su expedición a Britania, escribe cómo “los bárbaros [...] mostraron [a los suyos] cuánta facultad se les daba de [...] libertarse para siempre, si expulsaran a los ro-

manos de sus campamentos” (IV, xxxiv); por supuesto, él habría de pugnar contra esa facultad, y de procurar destruirla.

Habiendo conocido que Dumnórix, el mismo que se había opuesto antes a darle provisiones, intentaba entonces combatirlo, César califica de demencia tal intento, y manda que lo maten en caso de que resista a sus soldados. Cuenta cómo éste, al defenderse de ellos, clamaba insistentemente que “él era libre y de una libre nación” (V, vii); por eso mismo, por querer seguir siendo libre y defender su libertad, lo dieron a la muerte.

Ambiórix se vale de una estratagema de guerra para conseguir que los romanos salgan de sus fortificados campamentos, y así poder acabarlos. Los amenaza con que serán atacados por fuerzas superiores. Los galos, les dice, obedecen “a un designio iniciado a propósito de recuperar la común libertad” (ib., xxvii); su estratagema obtiene el éxito deseado y cumple la finalidad que se había propuesto. Aquellas cohortes romanas son casi aniquiladas. César estimará traición ese acto de resistencia, pues según él, el deber de los galos era sujetarse a su dominio.

Pero donde acaso se manifiestan con mayor evidencia su voluntad de suprimir la libertad de los galos, y su conocimiento de la voluntad de éstos orientada a reconquistarla, es en la narración que él hace de su lucha contra Vercingetórix, cuando éste acaudilló a Galia casi entera en su levantamiento armado, cuando la entera Galia se incendió en la exasperación de ser libre.

La situación política de la urbe fomenta en los galos el pensamiento de que es suya la ocasión de vencer a los romanos y expulsarlos de sus tierras. Ellos, que “ya antes se dolían de estar sujetos al imperio del pueblo romano” (VII, i), resuelven rechazarlo mediante una guerra definitiva, y “reclaman [...] que algunos hagan el inicio de esa guerra, y con peligro de su cabeza reivindiquen a Galia para la libertad” (ib.). Dicen, “finalmente, que era mejor ser destrozados en la línea de batalla que no recuperar [...] la libertad que de sus mayores recibieran” (ib.).

Nos encontramos, pues, con hombres que, como pedía Cicerón, estaban consagrados, magnánimos varones, a ejercer todo su esfuerzo en favor de la libertad; a pugnar por sus leyes, su libertad y su patria. César lo sabe, pero se niega a considerarlos servidores de una causa justa; más bien los existima como traidores, a los cuales, por justicia, él tiene la misión de castigar.

Comienzan la pasión y la gloria de Vercingetórix, uno de esos hombres que, señalados por infalibles azares, llegada su hora hubieron de resistir como pueblos enteros; hermano de otros héroes legendarios como Héctor, como Turno, como Cuauhtémoc, que fueron elegidos para conquistar, con el supremo suplicio, la intachable corona de la más alta victoria moral.

Ese hombre convoca al combate a quienes quieren ser libres; “fácilmente los incendia. Conocido su designio, corren todos a las armas” (ib., iv); “los exhorta a que tomen las armas por la común libertad” (ib.). Se inicia la guerra. La rebelión cunde por casi toda Galia. Vercingetórix es designado para conducirla. Obtiene alguna victoria, la ciencia militar de los romanos le inflige graves derrotas. Los galos no rehúsan el sacrificio a que él los anima: que incendien sus bienes, “con la cual pérdida de hacienda familiar, verán que ellos consiguen el perpetuo imperio y la libertad” (ib., LXIV).

Superada su fuerza principal, su caballería, por la caballería de los germanos, Vercingetórix se recoge en Alesia, donde empeñaría su última batalla. Desde allí solicita el auxilio de las fuerzas de la restante Galia. Pide no ser entregado a los romanos, “él, que óptimamente ha merecido a causa de la común libertad” (ib., LXX). El auxilio que le envían resulta inútil: los galos son superados por la disciplina, la constancia y la técnica superior de los romanos.

Admitido finalmente su vencimiento, Vercingetórix demuestra a los suyos “que él había emprendido esa guerra no por causa de sus necesidades, sino de la común libertad” (ib., LXXXIX). Se entrega luego a César; tras el triunfo de éste, después de años de feroz cautiverio, será consagrado al fin por la muerte.

Así se consumó el fracaso de aquel “tan grande [...] consensó de la univ^{er}s^a Galia para reivindicar su libertad” (ib., LXXVI), consenso reconocido por el propio César y dispersado irremediamente por él.

Magna alabanza invocaba Cicerón, es de recordarse aquí, para quienes cayeron pugnando por la libertad. Así lo hicieron los galos en su guerra contra César. Éste, empero, no les concede por esa causa ni siquiera una alabanza mínima. Se reduce a hacer, en ocasiones, alguna cuenta del número de quienes por ese motivo cayeron.

Para él, por lo contrario, supuesto que había decidido borrar la libertad de los galos, el afán de éstos por ser libres no es fuente de alabanza sino crimen (VI, xxxiv); César califica como injuria la resistencia gálica (IV, 1), o la llama perfidia (VII, v), y juzga que es deber de los galos aceptar pasivamente la servidumbre (V, III, LIV; VI, VIII). La sola libertad que les otorga como un don, es precisamente esa servidumbre; esto es, que habiendo sido ya sometidos, permanezcan con él (IV, xv).

Diversos autores, a fin de justificar esta actitud suya, amonestan a considerar que él, como romano de aquellos momentos, no podía pensar o actuar de otra manera. Acaso sea de admitirse, en especial por hombres de este tiempo nuestro que, por alguna sinrazón, pretenden ejercer ciertas formas de dominio sobre otros hombres y pueblos a quienes estiman inferiores a ellos.

Pero es innegable que César, agujado por su desmesurada vocación, privó de la vida a hombres incontables; convirtió en esclavos o en rendidos a innumerable número de hombres nacidos libres; es decir, los despojó, con la libertad, de su misma condición de seres humanos.

Los mexicanos, cuya historia como pueblo fue, en su origen, determinada por la ignominia de una invasión extranjera a partir de la cual, durante siglos, se nos ha sometido a diferentes modos de colonización; menoscabados por la superioridad de técnicas bélicas o de otra índole mediante las cuales, bajo pretexto de civilizarnos, se nos ha vuelto en permanente objeto de explotación, estamos entrañadamente impedidos de,

no digamos admirar, pero ni aun de aprobar en manera alguna acciones análogas ejecutadas contra otros pueblos, cualesquier que hayan sido su época y sus protagonistas. Condenables, por tal razón, tienen que parecernos las acciones de César contra los galos; injusta, la guerra por él consumada; criminal, su victoria.

César el gramático

Uno de los mayores cuidados que guiaron a César en su pretensión de la grandeza fue, sus escritos prueban esta afirmación, el del dominio de la lengua latina.

Plutarco, cuando narra que César estudió la retórica en Rodas con el mismo maestro que Cicerón, deja entender que también en este arte tuvo la capacidad de ser mejor que aquel magno señor del decir.

Pero, dice Plutarco, aspirando César a ser el primero en la autoridad y en las armas, dejó a otro el primer lugar en la elocuencia civil, dedicándose con más ardor a las artes del gobierno.

Con todo eso, si se juzga por la pureza, la elegancia, la variedad en la exactitud, también en este campo le correspondería a César el lugar primero.

Como viejo profesor de gramática, tengo para mí que en César se comprueba el hecho de que la sintaxis gramatical dicta la estructura del espíritu humano, o que ambas, en último término, son lo mismo.

Pienso que incluso pudiera decirse que la disposición en el orden de sus batallas, más bien que a conceptos de estrategia, obedece a normas sintácticas. Sus fuerzas militares se acomodan y concuerdan entre sí, como lo hacen las sucesivas proposiciones en una cláusula acabada, cuyas palabras han sido pesadas y medidas una a una.

El arte del lenguaje fue aprendido por César, inicialmente, en la casa familiar; él, después, lo perfeccionó por medio de arduos estudios. Así lo hace constar el propio Cicerón (*Brut.*, LXXII, 252), cuando dice, elogiando su arte oratoria, que “él habla en latín de modo más elegante que casi todos los

oradores; y eso no solamente por costumbre de su casa, como oíamos [...] acerca de las familias de los Lelios y Escipiones, sino [...] lo consiguió empero con muchas letras, y éstas, ciertamente, profundas y arduamente buscadas y con sumo afán y diligencia, de modo que aquella facultad de bien hablar fuera perfecta”.

Y tanta fue su aplicación a esas letras, esos estudios, que le dio la capacidad de escribir, mientras guerreamos en Galia, su *De analogia*, un tratado hoy perdido acerca del arte gramatical. Vuelvo al juicio de Cicerón (ib.): “Pero además, en sus máximas ocupaciones [...] ha escrito cuidadosísimamente acerca del método de hablar en latín, y en el primer libro ha dicho que la elección de las palabras es el origen de la elocuencia”. Pues de igual manera que selecciona, mide y pesa, al hablar y al escribir, cada una de sus palabras, así parece elegir y disponer para el combate no sólo a los manípulos, las cohortes y las legiones, sino aun a cada uno de sus soldados, a quien por cierto conocía individualmente por su nombre y sus hechos.

En cuanto a su arte de escritor, Cicerón (ib., LXXV, 262) prodiga también magna alabanza, al mencionar los comentarios de César a propósito de sus campañas en Galia: “Y escribió también algunos comentarios de sus cosas [...]; son desnudos, directos y venustos, quitado, como una veste, todo ornato del discurso”. Explicando lo que a su juicio originaba esas condiciones de esta manera de escribir, y vaticinando la imposibilidad que otros hallarían para mejorarla, semejantes al peluquero que estropearía con tenazas calientes la simple hermosura de una cabellera, añade: “En tanto que él quiso que otros tuvieran preparadas cosas de donde las tomaran quienes quisieran escribir la historia, él hizo acaso lo grato para los ineptos, quienes querrán quemar eso con calamistros”. Y concluye Cicerón, justificando su alabanza: “Él, en verdad, disuadió de escribir a los hombres juiciosos. Pues en la historia, nada es mas dulce que la pura e ilustre brevedad”. Así pues, según este juicio de Marco Tulio, admitido después por todos quienes se han ocupado en el asunto, el lenguaje de

César en estos sus *Comentarios acerca de la Guerra Gálica*, no puede ser mejorado. Es perfecto en sí.

Otra muestra del celo que César ponía en cuanto a la corrección de su idioma, se revela por la posición que toma a fin de mantenerla incólume. Como si, a su vez, se dispusiera a resistir una múltiple invasión enemiga contra la libertad romana, establece ante ella fortificadas líneas de razón y conciencia de unidad.

Recuerda Cicerón la existencia de una suerte de edad de oro de la lengua latina, cuando “casi todos, quienes no habían vivido fuera de la urbe, ni barbarie alguna en su casa los había ennegrecido, hablaban rectamente” (ib., LXXIV, 258). Esto, sigue recordando nostálgico, en sus días no acontecía ya, pues el transcurso del tiempo había deteriorado la situación, por motivos que lamenta y enuncia: “Muchos, que hablaban sucitamente, desde diversos lugares confluyeron [...] a esta urbe” (ib.). Con el fin de combatir los efectos de tal deterioro, él prescribe la necesidad de acatar una norma: “Más el habla debe ser expugnada, para que la razón que no puede mudarse, haya de emplearse como copela, y no haya de usarse de la regla pravisima de la costumbre” (ib.). Se refiere así, claramente, a la costumbre de ensuciar el habla mediante la adopción de innecesarias voces y construcciones llegadas de lenguajes extranjeros, símbolo de barbarie.

Por último, relevando entonces lo que a mí ahora me interesa poner de relieve, asevera, con respecto de César: “César, empero, empleando la razón, enmienda la costumbre viciosa y corrupta con la costumbre pura e incorrupta; y así, cuando a esta elegancia de las palabras latinas, la cual, aunque no seas orador y seas ciudadano romano libre y nacido libre, es empero necesaria, él añade esos ornamentos del decir lo oratorio; entonces parece como que coloca en buena luz las tablas bien pintadas” (ib., LXXV, 261).

Así, César se ostenta como sólido defensor de la corrección, la pureza y la elegancia de la lengua latina, víctima, a la sazón, de las embestidas de la barbarie. Él sabe que en esas cualidades de la lengua, quizá más que en la fuerza de las armas, se fundan la unidad y la grandeza de Roma.

Porque el idioma, como la historia y el tiempo lo comprobaron, fue, aunque adaptado a las necesidades y la índole de otros pueblos, lo que más obviamente pudo subsistir de las conquistas imperiales del pueblo romano.

Finalidades de este trabajo

He emprendido y dado término a esta versión y anotación del texto de los *Comentarios acerca de la Guerra Gálica*, tomando en cuenta fundamentalmente los intereses de los estudiantes mexicanos.

Diversas y válidas lecciones de sapiencia, de energía, de humanidad, de hombría, pueden ellos obtener del estudio de esta obra.

Por una parte, en César, las de la rapidez en la decisión, la efectividad de la acción; las de la constancia, la disciplina y el valor, que son virtudes del pueblo romano; por otra, los mexicanos, asediados durante siglos por fuerzas imperialistas de distintas procedencias y naturaleza; obligados de continuo a resistir para proteger la libertad que, como la de todos los hombres, constituye su esencia, podrán aprender en los galos, haciéndola suya, la lección contenida en su lucha de resistencia; en la valentía de su codicia de unidad, en su disposición al máximo sacrificio a fin de preservar ese bien, sigo hablando de la libertad, que César batalló por suprimirles.

Pero acaso la lección más significativa de que pueden servirse, se enraíce en el análisis formal del texto mismo de César; en la pureza, la naturalidad, la exactitud de su sintaxis.

Los mexicanos hablamos una lengua que originalmente nos fue impuesta. Con la determinación de hacerla nuestra en verdad, hemos de dominarla en el mayor número de sus posibilidades, y convertirla de tal modo en objeto de una conquista realizable a cada momento. Una vez conquistada, nuestra ya, esa lengua se nos convertirá, de síntoma de sumisión, en arma de libertad y de soberanía.

El estudio de la gramática latina, cuyas cualidades de clara precisión se producen con especial comprensibilidad en esta obra de César, viene a ser, si se hace debidamente, un medio

eficaz para apoderarse de las normas básicas de la gramática de la lengua que hablamos.

Ahora bien: esta lengua, de manera análoga a como dice Cicerón que acontecía con el latín de su época, se ve ahora corrompida y viciada por costumbres idiomáticas que de diversos lugares nos llegan de continuo.

Los ahora llamados “medios masivos de comunicación”, en particular la televisión y la radio, parecen tener por misión consciente la de disgregar la unidad del pueblo mexicano, al meter en su lenguaje confusión y desatinos copiosos que fomentan la corrupción. A lo mismo parece tender también, en nuestras escuelas, la enseñanza de ciertas modas derivadas de la lingüística estadounidense.

Aquí se depara la otra lección, para mí la mejor, de César: su uso de la razón para combatir, en el habla, “la costumbre viciosa y corrupta con la costumbre pura e incorrupta”. A ese rumbo han de orientarse nuestros esfuerzos, los de todos nosotros, pues hablar rectamente la propia lengua no es necesidad tan sólo de quien profesionalmente la emplea, sino, de modo principal, de todo mexicano que aspire a preciarse de serlo.

La versión y las notas

Mi intención de hacer de éste un trabajo útil a los estudiantes de mi país, me ha confirmado en la opinión de que toda versión de los antiguos clásicos latinos debe pretender la mayor literalidad posible. En esa opinión se funda la versión que aquí presento. El estudiante, y pienso que también el lector común, podrán sin mayor dificultad, mediante la simple lectura comparada de mi versión, seguir puntualmente el desarrollo gramatical y aun estilístico del original vertido.

En cuanto a las notas, me he extendido, aun a riesgo de ser reiterativo con exceso, en las correspondientes al texto latino, procurando explicar los aspectos gramaticales que, según mi experiencia de profesor, involucran las más evidentes dificultades enfrentadas por los alumnos. Así, mis notas intentan poner en claro lo fundamental de la sintaxis de oraciones;

algo de la sintaxis de casos; ciertos puntos de morfología que a los alumnos les resultan arduos de primera intención.

He reducido al mínimo las notas al texto expañol, porque estimo que cualquier duda que pueda despertarse acerca del propio César, de su época, de las circunstancias y el desenvolvimiento de los sucesos que en esta obra se narran, será fácilmente disipada mediante el empleo de un manual de historia de Roma.

Unas y otras se exponen por libros y capítulos, siguiendo el orden en que las expresiones anotadas aparecen en el texto.

En última instancia, el profesor no es más que un discípulo que conoce sus deficiencias mejor que los otros, y que con la ayuda de éstos las va remediando. Recordando, en mucho, las antiguas mías, me propuse la ejecución de este trabajo, que dedico a mis discípulos de otro tiempo y a posibles discípulos nuevos, interesados en poner algún remedio a la suyas.

Hoc discipulis discipulus reddit.

